

ese es mi voluntad que sea para mi hijo, para mi precioso Changuito. Mañana, ahora mismo, vámonos para Morelia, señor, vámonos y que nuestro ángel no vuelva á llorar. Simón miraba lleno de envidia el gusto de su compañero, y preguntó con tristeza: — ¿Qué no dicen ahí que es manco, niñita? porque entonces mejor yo iré. — No, no dice eso, replicó el Chango, á mí solo me han retratado, y yo he sido dende quea- que el coronel Astucia, cuando los amos me dijeron que era yo topeate en el rancho de San Victoriano, y el gobierno me conoce muy bien. — Es verdad que fuiste topeate, pero tú haces aquí más falta, sabes tocar la trompeta, el niño te extrañará, sabes cocinear, en fin, señor amo, lléveme su merced á mí que no tengo á quien hacerle falta, y también quiero que esos miles de pesos y la huertita que ya conoce sean para el chinporrondingo de mi hijo. — No hay más remedio sino que su comadre decida, á mí me toca ese decreto por ser el coronel Astucia, al Chango por la filiación, y á Simón porque quiere reemplazarnos, que ella disponga á ver quién va á presentar su cabeza. — Ninguno, respondió Amparo, al coronel no le toca porque no es como la filiación, aunque el Chango tiene las señas no es Astucia, y de Simón no hay quien se acuerde. — ¿Luego podemos estar seguros de una traición? — Claro está. — Pues entonces que cesen esos cuidados, lágrimas y padecimientos, y se rió á carcajadas de sus apuros.

CAPÍTULO XII

La visita del señor gobernador. — El coronel Astucia. — Sustos tras de sustos. — Término de la visita. — Feliz descubrimiento.

En este estado estaban las cosas y Amparo muy restablecida de sus males, cuando tuvo el coronel Astucia noticia del nuevo gobernador que se dirigía al valle á practicar una visita, reunió á sus *Todos* y como siempre, paró en que después de mil disputas todos dejaron á que el coronel dispusiera lo que le pareciera, se informó de que venía con trescientos hombres, y al llegar á Tajimaroa, le remitió una comunicacion en estos términos: — « Seguridad Pública del Valle. Servicio Nacional. « Exmo. Sr. Ha llegado á mi noticia de que á la cabeza de una « fuerza armada viene S. E. á practicar una visita en este Valle, « con muchísimo gusto será recibido si sin carácter hostil se « nos presenta. Sólo las tropas del gobierno han sido las que « aquí han cometido mil excesos y depredaciones, y por lo « mismo como jefe de la Seguridad y único responsable de la « tranquilidad pública, suplico á S. E. se digne presentarse « solo para no provocar un lance que tal vez ocasione fatales « consecuencias. Protesto á S. E. las consideraciones de mi « adhesión y respeto. — Dios, Libertad, y Federación, etc. — « Astucia. Exm. Sr. gobernador, etc. »

— ¿Qué dice vd. de esto, señor secretario? parece que al tal coronel no le gusta mucho nuestra visita, dijo el gobernador. — Eso ya me lo esperaba yo, como se ha entronizado por esos rumbos canta gordo desde su muladarcito. — Sin embargo, yo creo que no carece de razón, si sólo las tropas del gobierno han venido por aquí á trastornar el orden, claro está que esta gente está escarmentada y muy predispuesta. — Esos son pretextos

para azorarnos y que no lleguemos, la autoridad debe hacerse respetar sostenida por la fuerza de las armas. — No es esa mi doctrina, señor secretario, la autoridad debe apoyarse por la ley y ésta por la razón y la justicia, empleando sus armas para que sostengan al poder, pero no para que le busquen odio con los pueblos que gobierna. — Sin embargo, seguiremos otra jornada, que en caso de que sea conveniente, fácil es mandar retirar á la fuerza. — Sí, no vaya á ser esto una estratagema de ese viejo zorro del coronel, para que al encontrarnos sin defensa nos eche el guante. — Pues avise vd. que monten, vamos á aprovechar este nublado y llegar á Tuxpam. — ¿Qué sucede? preguntó el coronel á un indio que apareció por los sembrados de Santa Ana. — Que ya viene el Señor gobernador más acá del puente de Irimbo por el encinal de dos cerritos. — ¿Y viene solo? — No, señor, con sus tropas. — Pues toquen la campana grande y que se reuna la gente.

En un instante estaban juntos en la plaza todos los vecinos, les impuso silencio y mandó con energía: — Todo el mundo se va al cerro á ocultar á los mogotes ó se encierran en sus casas, y no bajan ni abren á nadie, hasta que oigan tocar la esquila chica; el que no cumpla mis órdenes lo cuelgo de un fresno de estos sea quien fuere, trote y no pierdan tiempo. Luego luego comenzaron á cerrarse tiendas y casas, y mucha gente corría para el cerro suponiéndose mil funestidades, en menos de un cuarto de hora quedó todo aquello escueto y triste. Se fué seguido de Simón por todo el camino real á encontrar á los visitantes, se ocultó á pie en un sitio á propósito para ver sin ser visto, fué poniendo cuidado á todos los que pasaban y dijo: — Todas son caras extrañas, no hay cuidado. Volvió á montar á caballo y al trote los alcanzó y fué pasándolos tocándose el sombrero al adelantar al gobernador, á su secretario y al jefe de la fuerza que iban adelante. — Sería bueno, dijo este último, que mandáramos un explorador á dar un vistazo, no sea que se descuide la descubierta y vayamos á meternos á la lumbre. — ¿Pero á quién mandamos? contestó el gobernador, ninguno de los que nos acompañan sabe estos terrenos y... — A ese que acaba de pasar, dijo el secretario, parece un buen pazguato según su presencia. — Dice vd. bien, y tocó el gobernador las

manos, volteó la cara Lorenzo y preguntó: — ¿A mí? — Sí, á vd., amigote, dispéñeme que le interrumpa su camino. — Vd. mande, caballero. — ¿Para adónde va vd.? — A alcanzar mis mulas que van adelante y á cargar aguardiente á Púcuaro. — Yo quisiera que si no le sirve de molestia me hiciera un favor, amigo mío. — Mande lo que guste, caballero, me ha soltado una prenda que yo respeto mucho, esa palabra amigo me compra, y le estimo su bondad. — Pues bien la repetiré: amigo mío, hágame favor de ir en un galopito á Tuxpam á ver cómo está aquello, no sea que nos den un susto; yo soy el gobernador de Estado, y vengo... — Perdone S. E. si lo he tratado con llaneza, y reconózcame como á su súbdito y criado, dispéñeme si pensé tener un amigo más entre mis amigos y... — Y se lo sostengo, amigo mío. — Voy volando, señor, y mientras vuelvo arrímese S. E. en aquel recodo y sómbrense tantito, no dilato. Mira, Simón, véte derecho y le dices al cargador que jaten en el buen suceso y allá me aguarden. El mandado cogió camino recto, y él metiéndose por los huizachales partió como rayo delante de todos diciendo: — No dilato, señor gobernador, y cuando estaba lejos repitió: No dilato en entompearlo.

A poco rato apareció con el caballo muy sudado y les dijo: — Puede pasar S. E. sin recelo, ni una alma aparece por el pueblo, no hay ningún riesgo. Platicando con ellos entraron á Tuxpam, y efectivamente no había ni perros que ladraran, se metió el gobernador debajo del portal de la tienda de doña Tula muy fatigado del sol, y la tropa en la plaza renegaba del calor. — Qué malo está esto, amigo... — Lorenzo Cabello, su criado y servidor. — Amigo Lorenzo, esto es un verdadero desaire. — Sí, señor, desaire. — Lo de menos era mandar descerrajar esas puertas, ¡caramba! pero se diría que el gobernador empieza á cometer excesos y la verdad no sé qué hacer, este es un lance muy comprometido. — Sí, señor, comprometido, y si S. E. quiere recibir un mal consejo. — ¿Cuál, amigo Lorenzo, cuál? — Que nos pasemos de largo hasta Santa Catarina, allí hay más recursos y local para su tropa, púes como hacienda hay semillas, macheros y galeras. — ¿Pero y si también me cierran las puertas? — Las rompe-

remos si tal cosa se atreven á hacer, porque creo que no se pedirá nada de balde, y si hay exceso será contra un particular no contra un pueblo. — Dice vd. bien, marchemos. Y continuaron de frente. Antes de llegar se adelantó y previno que ninguno dijera que él era el coronel Astucia, llegó el gobernador, se aposentó en la vivienda principal y la tropa en las trojes, y cuando ya quedaron todos acomodados se entró á despedir diciendo: — Ya dejo alojado á S. E. y con su permiso me retiro: en las mesas de Tepustepec tiene S. E. un pobre rancho y un inútil amigo y servidor. — Hombre D. Lorenzo, le contestó el gobernador saliéndose cogido de su brazo para el corredor, no me abandone, dice que estima la palabra amigo en todo su sentido, y yo quiero ver hasta qué grado aprecia mi amistad; estoy en tierra extraña, mal recibido por lo que vd. ha visto, y su compañía me haría falta, si por acompañarme se resienten sus intereses yo los indemnizaré, en fin, ¿para cuándo son los amigos, D. Lorenzo? — Para cuando se necesiten, señor gobernador. — Pues yo necesito de mi amigo Cabello. — Estoy á sus órdenes, pero déme licencia de ir en un galope á mandar que mis arrieros sigan de frente, darles unas libranzas que traigo para la fábrica, que vayan haciendo cargas, y pronto me tendrá S. E. á su lado. — Corrientes, ya lo espero con impaciencia.

Se retiró para el pueblo, mandó tocar la esquila y en un instante todo quedó en el estado de antes, regresando el coronel en una magnífica mula de sobre paso para infundir más confianza. — Qué carácter este de nuestros rancheros tan franco y qué gente tan servicial, decía el gobernador á su secretario al ver entrar al coronel; en un instante cuento con un hombre que mucho me ha de servir, sólo por haberle dicho amigo mío, ya se ve, no trastornan ni dan sentido contrario á las palabras, estos rancheros son de pan pan, y vino vino, no traicionan[á su corazón, ni ocultan su modo de pensar, tengo algo más que simpatía por este hombre, lo considero ya como amigo, y amigo verdadero.

Después de que estuvieron platicando de cosas vagas, se los sacó á dar una vueltecita por el campo, y recayó la conversación sobre Astucia. — Es un pícaro, dijo el secretario, que

emancipándose, se ha entronizado aquí sin obedecer á nadie, por eso con justicia se ha declarado fuera de la ley proscribiendo su cabeza. — Esa es una de tantísimas aberraciones, replicó el gobernador, como ha cometido mi antecesor y ha hecho cometer al congreso con su genio fogoso y poco reflexivo, hasta ahora veo que para sofocar un incendio se le echen combustibles, quién sabe cuáles serán las consecuencias de tan descabelladas como locas disposiciones. — Es que el tal Astucia por sus hechos es un bandido, dijo el secretario. — Poco á poco, caballero, le contestó Lorenzo, repórtese en hablar, ese coronel Astucia tiene aquí ganadas todas las voluntades, esta gente es muy celosa y si oyen que hace de él malas ausencias, nada les supone darle á vd. un dagazo como por vía de diversión, reciba mi consejo y obre con prudencia.

En conversaciones extrañas entretuvieron el tiempo, y conociendo que no retiraría el gobernador sus tropas, quiso darle un susto para obligarlo á quedarse solo ó retirarse sin practicar su visita, dió sus órdenes y mandó á Simón prender su luminaria en el cerro de la Culebra. Al estarse desayunando al otro día entró el oficial que daba la guardia diciendo: — Esta comunicación para S. E. La abrió el gobernador y en voz alta leyó: — « Seguridad Pública de Quencio. Servicio Nacional. Exmo. « señor, sin embargo de haberle ayer suplicado que retire sus « tropas, y de hacerle presente la responsabilidad que sobre mí « pesa para conservar el orden público, ha tenido la audacia de « penetrar en el valle seguido de fuerza armada haciendo poco « caso de mis políticas prevenciones. Ya mis muchachos están « listos, y si S. E. no viene con carácter hostil, evite provocar « un lance del que no saldrá muy bien librado; quédese solo « con su secretario y criados, pues si teme que no sea respetado su carácter y alta autoridad, le mandaré desde uno « hasta mil hombres para que escolten á su persona. Mal puede, « Exmo. señor, un amante padre, presentarse á su casa á « visitar á sus hijos, saludándolos con las puntas de las lanzas, « el filo de las espadas, y las bocas de las armas de fuego; « huirán despavoridos al monte á ocultarse entre las fieras, ó « le darán con las puertas en la cara, como lo han hecho los « pacíficos vecinos de Tuxpam. No insista más en su capricho,

« porque como encontró ese pueblo, hallará todo el valle, pues
 « prefiero que mis subordinados se oculten de su presencia,
 « antes que faltarle disparándole sus armas: cumplo con mi
 « deber al hablarle á S. E. en estos términos, y le recomiendo
 « las consideraciones de mi respeto. Dios, Libertad, y Federa-
 « ción, campo de Ocurio, etc. — Astucia. Exmo. señor gober-
 « nador, etc. »

— Tiene razón este hombre, soy un audaz, de bueno se ha pasado con no habernos puesto por ahí una emboscada por necios, pero ya estamos aquí y yo no hallo cómo enmendar mi torpeza, lo de menos es retirar á la tropa, pero eso á más de que nos expone entendería ese señor coronel que tengo miedo al obedecer desde luego su intimación, por otro lado no quiero provocar una contienda, ni menos sufrir un público desaire como el de ayer. — Pero también, advirtió el secretario, creo que no debe exponerse S. E. quedándose absolutamente á disposición del dicho coronel, los antecedentes que hasta ahora tenemos no dan ninguna garantía, tal vez esos amagos son á consecuencia de su incapacidad, tiempo ha tenido de estorbarnos el paso, y eso que dice de mandar desde uno hasta mil hombres para que nos custodien, no pasa de fanfarronada y fatuidad. — ¿Qué casta de hombre será este coronel? — Un sureño de esos macheteros que todo lo componen á tajos y puntazos según nos han dicho. — ¿Y vd., amigo D. Lorenzo, lo conoce? — Sí, señor, como á mis manos, es mi amigo y me dispensa su aprecio, todo eso que dice en su oficio es muy cierto, sólo las fuerzas del gobierno han venido aquí á trastornar el orden, la gente que tiene pasa de mil hombres muy diestros en el manejo de sus armas, y si no les ha dado por ahí su sustito será porque no ha querido. — ¿Pero sus antecedentes merecen alguna fe para dar crédito á sus palabras? — Yo por lo menos si la tengo, pues basta que haya sido el jefe de los Hermanos de la Hoja para que todo el mundo lo haga formal. — ¿Quiénes son esos Hermanos de la Hoja? preguntó el secretario. — Fueron unos cuantos charros que comerciaban en la rama ú hoja de tabaco. — ¿Es decir, contrabandistas? — Sí, señor secretario, contrabandistas que al fin cayeron en la trampa y tuvieron un fin muy desastroso. — Como todos esos bribones que tarde ó

temprano satisfacen á la vindicta pública. ¿Y cómo escapó este sujeto? — Por un milagro, no sin conservar en su cuerpo las cicatrices de cerca de sesenta heridas que se curó en la cárcel de Tlaxcala, de donde fastidiado pegó el volido hasta venir á guarecerse á los bosques de este retirado valle. — ¿Conque para mayor recomendación es un prófugo de la cárcel pública? — Sí, señor. — Pues nada de eso consta en el expediente donde están antecedentes muy diversos. — Esos serán cuentos. — Pues vd. sabe lo que hace, señor gobernador, á las malas noticias que teníamos agregue lo de contrabandista y prófugo de la cárcel, el hombre huyendo de la justicia ha encontrado modo de defender su cabeza entronizándose aquí, y no ha sido tan descabellado el decreto de su proscripción. — Yo tengo formado otro juicio de esos charros que dice D. Lorenzo, un discípulo mío estuvo de suplente en Huamantla, y me contó no sé qué originalidades de ese Astucia que hasta ahora atando cabitos hago memoria de sus hechos; y si vd., amigo Lorenzo, me aconseja que le dé crédito á sus palabras, ¿de buena voluntad me entregará en sus manos? — No sólo se lo aconsejo, señor, sino que usando de la buena amistad que se ha dignado S. E. dispensarme se lo exijo en bien de su propia seguridad. — Pues lo acepto si vd. me escuda personalmente, seguiremos aún con esa tropa á ver si se nos presenta el coronel con la suya, entraremos en explicaciones y ya no será tan denigrante retirarla, porque ya ve vd., amigo, mi carácter, la autoridad, y el amor propio hasta cierto punto se resiste á acceder desde luego á las exigencias del coronel, avísele vd. al jefe que mande montar y vamos á ver qué sucede, señor secretario. En cuanto éste salió siguió diciendo: — Cuento con su socorro, amigo Cabello, confiado en su amistad me... — Cuento S. E. conmigo y le aseguro que no correrá ningún riesgo. — Ya está todo listo, entró avisando el secretario, y guiados por Lorenzo que iba por delante se internaron en los mogotes. Al estar al pie del cerro de Ocurio retrocedió Lorenzo alarmado diciendo: — Mire S. E. cómo está la cumbre coronada de gente, y como trescientos hombres aparecieron disponiendo sus armas que reverberaban con el sol. Todos muy azorados fijaron la atención. — Nos encubramos tantito en este cerrito pelón, prosii-

guió hablándoles, y en cuanto estuvo el gobernador arriba le dijo: — Ya nos cortaron la retirada, miren cómo brillan los fusiles entre los huizaches y parecen borregos como blanquean en la loma de los Chinapos. Y no les cupo duda de que como seiscientos hombres estaban en línea por toda la orilla del río y la loma por donde habían pasado. — Ya no nos queda más que una salida, exclamó Lorenzo, faldearemos el cerro por el rancho de los Burgoas, el que quiera salvarse que me siga. Enderezó su mula para la cuesta abajo y cogió la ladera vecina corriendo, todos lo siguieron y antes de llegar al plano sentó su mula gritando: — Estamos encorralados. — ¿Por qué? preguntó el jefe de la tropa. — Porque aquí está tendida en la falda toda la caballería, asómense con precaución. El gobernador fué el primero y vió como otros trescientos hombres montados, formados en batalla. — ¿Qué hacemos, amigo Lorenzo? — S. E. disponga, por aquí ni los huesitos nos truenan.

Los soldados de su motu propio todos desordenados empezaron á sacar sus mosquetones y á alistarlos, y lo mismo hicieron los del cerro, no faltó quien apuntara para arriba y entonces todos tendieron sus fusiles apuntando para ellos. Lorenzo indignado se acercó al gobernador diciéndole: — Señor, la amistad me autoriza, mande á esos hombres que retiren sus armas, están provocando á la Seguridad Pública, un tiro de cualquier necio indiscreto compromete la existencia de todos. — Que retiren sus armas, señor comandante, ¿quién les ha mandado prepararlas? Mandó el jefe retirarlas, al instante los del cerro descansaron las suyas y Lorenzo prosiguió: — ¿Qué sucede, señor gobernador? prescindida de su orgullo, no también quiera por una vanidad comprometernos á todos, mande retirar sus tropas y quedese solo, las fuerzas que nos circundan no son de ningún traidor, sino de la Seguridad Pública del valle. — A ver, señor comandante, contramarche vd., dijo el gobernador, y espere mis órdenes en... ¿en dónde, amigo Lorenzo? — En Maravatío el grande. — ¿Ya lo oyó vd.? váyase para Maravatío hasta nueva orden. — Sí, y mire vd., señor comandante, agregó Lorenzo, corte camino por aquí enfrente, en cuanto llegue al río se va por toda la orilla hasta pasar al otro lado por el puente de Santa Catarina, no se le vaya á antojar entrar al pueblo porque de

seguro que le echan pelotazos los del cerro de los Chinapos. Mandó desfilas su tropa, y contramarchó por el derrotero que se le demarcó, quedándose sólo el gobernador, el secretario y dos criados con dos mulas con sus almofrejes.

— ¿Por dónde andará el coronel Astucia? dijo el gobernador. — Puede que no dilate en presentársele á S. E., le contestó Lorenzo, esperaremos que la tropa se acabe de alejar y me iré á buscarlo pues es regular que esté con sus caballerías, porque quiero tener el gusto de conducirlo yo mismo á su presencia. Así que estuvieron muy lejos los soldados les dijo: — Encumbrense allí tantito á la sombra de aquellos ciruelos cimarrones, ahí me esperan, no me dilato, y metió espuelas á su mula, llegó donde estaban los de caballería, se montó á caballo, reemplazó su paño de sol con una manga que se embrocó y á la cabeza de todos regresó hasta quedar como á sesenta varas de distancia de los que estaban sombreándose en los ciruelos, mandó dar frente, se adelantó algún tanto y gritó con voz clara y bastante fuerte: — Señor gobernador, ¿quiere S. E. recibir el primer homenaje de una parte de la Seguridad Pública del valle? — Con mucho gusto, contestó todo engentado, abriendo tamaños ojos; buscando entre tantos hombres á su amigo Lorenzo, montado en su mula con su paño de sol cubriéndole la espalda. Volteó Lorenzo su caballo, mandó presentar las armas, se puso en su sitio, y el Chango empezó á tocar marcha de honor, inter el gobernador quitándose el sombrero seguía lleno de inquietud buscando á su amigo, algo más tranquilo su espíritu al ver aquella demostración de respeto. Pasado un gran intervalo calló el clarín, mandó el jefe retirar las armas, envainar y gritó con toda la fuerza de sus pulmones: — ¡Viva el nuevo señor gobernador del Estado! agitando su sombrero con la mano zurda. — ¡Viva! repitieron más de mil voces de los allí formados y todos los que los circundaban, resonando sus ecos de cerro en cerro por aquellos montes haciendo también demostraciones de júbilo y el Chango tocaba diana, entonces también el gobernador correspondió gritando: — ¡Viva la Seguridad Pública del valle! — ¡Viva! le contestaron con el mismo entusiasmo. — A derecha é izquierda, dijo Lorenzo, toca fagina, Chango, y en un instante se disolvió la formación corriendo en grupos á saludar al gobernador y ofre-

cerse particularmente á sus órdenes. — ¡ Señor licenciado! exclamó uno de tantos, qué milagro es este. — Amigo y señor D. Felipe, contestó dándole la mano y luego abrazándolo desde á caballo. Pero antes que todo, caballero, ¿ dígame quién es el coronel Astucia? — Aquí lo tiene S. E. á sus órdenes, contestó arriándose y quitándose la manga dejando ver su chamarra de venado, prosiguió: — El mismo que tiene el honor de presentarle su amigo Lorenzo Cabello. Lo abrazó lleno de gusto diciendo: — Está bien adecuado el nombre, amigo mío, es vd. la Astucia en persona; ¿ vamos á ver cómo se conduce el coronel Astucia con el gobernador del Estado? — No pulse S. E. esa cuerda porque se puede reventar y por aquí suena muy mal. — Si el gobernador del Estado ha proscripto al coronel ofreciendo seis mil pesos por su cabeza, ¿ cuánto podría exigir éste por rescate de la del gobernador que tiene en su poder? Pues vamos á ver, ¿ cómo se maneja el jefe de la Seguridad Pública con la primera autoridad? — Esa suena menos mal, á pesar de que el jefe ha sido atropellado por la primera autoridad, que debía haber sido la primera en no trastornar el orden y no podrá alegar ignorancia. — Efectivamente, le confieso mi pecado. — Pues en el supuesto de que conoce su error, creo que no se ofenderá si le impongo alguna pena. — Puede vd. hacerlo con toda franqueza. — En primer lugar móntese S. E. en esa mula, es mansa, conoce el terreno, y no tenga cuidado; ahora siga á este hombre que lo conducirá al sitio en que compurgará su falta; Simón, llévate á S. E. para el cerro de la Culebra — ¡ Pero, coronel! — ¡ Amigo Astucia! ¿ qué piensa vd. hacer? dijeron varios intercediendo. — A nadie doy cuenta de mis acciones, caballeros, ya lo saben, he sido el único ofendido, yo sé lo que hago, Dios me entiende y yo me entiendo, en marcha, Exmo. señor.

El secretario iba á seguirlo pero lo contuvo diciéndole: — Vd. irá por otro lado, tenemos una cuentecita que arreglar, espérese aquí tantito. Se despidió el gobernador y partió muy cabizbajo, no quedando menos todos de la descolada que llevaron. Así que se alejaron le dijo: — Lo hice montar en mi mula para que suba sin riesgo, quiero tenerlo allí bajo mi única custodia mientras prevengo los ánimos, pues temo que esta gente llevada del amor que me tiene ó por congraciarse conmigo, vaya á

cometer un atentado contra su persona, necesito darles á entender que vd. no fué el que me proscribió, sino que es el nuevo gobernador como grité, lo mando para una de mis guaridas muy segura en donde no le faltará nada y puede descansar con toda confianza. — ¿ Pero esa gente está todavía con carácter hostil? — Le quitaré á S. E. ese cuidado, voy á tocar retirada. Tomó la punta de su paño de sol y remolineándolo al aire en un instante todos desaparecieron. — Conque perdone S. E., ya sabe por lo que lo mando al cerro, no tema nada porque su amigo Lorenzo lo escuda; voy con el secretario á preparar lo consiguiente á la visita que S. E. viene á practicar y de él dependerá el tiempo de su reclusión; adiós. — Adiós, amigo Lorenzo, respondió el gobernador muy resignado, convencido de las razones que le expuso y muy confiado en la palabra de su amigo. — Hombre coronel, dijo uno de sus *todos*, estamos muy resentidos de su modo de proceder, nos ha hecho un verdadero desaire y... Haciéndoles del ojo respondió para que el secretario lo oyera: — Si vds. toman á desaire el no hacer caso á sus súplicas y desaprueban mis hechos, me importa un pito, en asuntos del servicio nadie me contradiga porque se exponen como ahora á que no les haga caso, estos señores que fungen de autoridades superiores, debían primero respetar para ser respetados á su vez, aquí soy en mi tanto también el superior, y ni de Dios padre si viene en figura de autoridad terrestre me dejo atropellar, tiempo hace que mandé tocar fagina, acompañenme hasta el pueblo y me hacen favor de retirarse á sus quehaceres. — ¡ Caramba! le decía el secretario á uno con quien quiso entablar conversación, este coronel se sabe amarrar los calzones, y Dios me saque con bien de sus manos. — Mire, señor secretario, vamos andando por ahí, y vea cuál es el palo que le nazca de inclinación para sombrearse. Desató su reata y la puso en la cabeza de la silla, mandándole ir adelante con el Chango. Todo demudado no se atrevía ni á alzar la cara, temblando de miedo al percibir algún tronco, sin responder á las preguntas de su compañero que al llegar á algún roble le decía: — Creo que éste está bueno, amito, mírelo qué frondoso, seguro está que lo queme el sol, y más le aterraba si terminaba con una sonrisa sardónica, haciéndole pasar unos ins-

tantes amarguísimos, mientras tanto el coronel y todos sus amigos se reían á carcajadas de su aflicción y les iba previniendo lo que tenía dispuesto.

Llegaron á Tuxpam y al estar en la plaza dijo el Chango : — Pues si no le cuadra alguno de estos fresnos ahora si que no hay de donde escoger, confórmese y no sea melindroso porque al fin y al cabo todos para el efecto son iguales. — Véngase para acá, amiguito, dijo el coronel apeándose, aquí en el juzgado despacharemos; llámame al señor cura, Chango, mándense apear, caballeros, que pronto dejaremos concluido este negocio. Esa prevención del cura acabó de entompear al secretario que creyó llegado su fin, entró al juzgado donde todos con semblantes alegres sin poder disimular su risa, aumentaban su turbación, á la vez que le hicieron concebir alguna esperanza. — Señor cura, dijo Astucia con seriedad, le presento á vd. al secretario del nuevo señor Gobernador que viene á honrarnos con su presencia y á practicar una visita al valle. Lo mismo le digo á vd., señor alcalde, y á vds., señor receptor de alcabalas y preceptor, todos faciliten los datos y pormenores que pida para que abra su expediente respectivo. Le empezaron á hacer cumplimientos, y el hombre respirando con libertad pudo contestarles más tranquilo. — Cómo se conoce, señor secretario, dijo Astucia en tono de broma, que no es vd. muy afecto á los árboles; ¿ vds. creerán que no ha encontrado un palo que le guste por todo el camino para sombrarse? — Con razón, respondió, y me ha pegado vd. un susto que la verdad no me sale del cuerpo; me dijo lo del palo, dispuso su reata y ese hombre que venía conmigo, me atizaba bonito. — Chango, gritó Astucia, ¿ qué le viniste diciendo al señor que le has metido tanto miedo? — Yo nada, mi coronel, que los palos estaban buenos, que á su sombra no le quemaría el sol porque están frondosos; pero él no quiso ni mirarlos, y no más sudaba del calor. — ¿ Pues entonces, caballero, de qué se ha asustado? — ¿ Cómo de qué? según las apariencias creí que vd. trataba de colgarme, y como esta mañana aventuré en su presencia algunos conceptos desfavorables, no me cupo duda de que era llegada mi última hora, esa es la verdad y lo confieso francamente, pero en este ins-

tante conozco mi error y le pido mil perdones. — ¿ Conque las apariencias lo engañaron hasta ese extremo? — Si, señor. — Pues le perdono y no lo extraño, pues por falsas apariencias lo mismo que se acaba de equivocar, se equivocó al ayudar al gobernador destituido para calificarme de rebelde, proscibirme, y ponerle precio á mi cabeza, lo mismo que sosteniendo torpemente su error, opinó tan mal esta mañana del pobre Astucia, considerándolo ni más ni menos que bandido, no se vuelva á fiar de apariencias, amiguito, si no está convencido de las cosas, no aventure opiniones que ataquen á alguno ó comprometan su persona, no ha topado con el hombre que suponía y á eso debe agradecer el salir con bien de sus torpezas. Aquí el señor alcalde conducirá á vd. á su alojamiento, le facilitará escribientes y cuanto pida, revise los expedientes, actas y demás cosas relativas al juzgado y ayuntamiento. En este libro están mis cuentas particulares, y en este otro mis comprobantes de gastos, el cargo de reales mío es la data de las recaudaciones; haga la confrontación, porque quiero que al cerrar su auto de visita, dé vd. cuenta á S. E. con mis cuentas revisadas para su aprobación, les haga los reparos y observaciones que encuentre para contestar y responder en el acto á los cargos que me resulten, dé su vueltecita por el archivo de la parroquia, la escuela, la cárcel, en fin, yo creo que excusado es advertirle su obligación; pues como secretario muy bien sabrá con qué objeto ha venido, disponga todo lo más pronto posible, porque de su dilación depende que S. E. esté más ó menos tiempo echando suspiros en la Culebra, extrañando su amable compañía, no se lleve de apariencias, hágame favor de verlo todo para que sólo asiente realidades. Vámonos á nuestros quehaceres, caballeros, y no le hagamos mala obra á este señor que tiene que trabajar; adiós, señor secretario. — Adiós, señor coronel, y le vuelvo á repetir mil perdones.

Delante de todos le dijo al Chango : — Llévate todo lo que necesites para atenderme al señor gobernador con esmero, para que vea que los que hemos sido Hermanos de la Hoja, sabemos tratarnos como la gente decente hasta en la punta de un cerro. Se acabó de despedir de los de allí, á poco rato se separó de los que lo acompañaban y cortando por

la vega, subió por la cañada de Capirio hasta salir al rincón de Cooperillo.

Amparo que estaba al tanto de sus planes y ayudó á desarrollarlos, estaba inquietísima de saber su resultado, le contó todos los pormenores y luego le preguntó con interés: — ¿Dime, querida, qué no será el nuevo gobernador pariente tuyo? porque se llama Mariano G. y es licenciado. — Ni lo pienses, hijo, le contestó, hay en Morelia cuatro ó cinco Marianos GG. y todos son abogados sin que con alguno tenga mi familia ningún parentesco, tanto que papá para evitar mil equivocaciones en sus negocios, cartas del correo y otras cosas, tomó el partido de firmarse Mariano G. y D. y más bien es conocido por su segundo apellido de D. con lo que lo distinguen los demás GG. — Pues no dejó de darme algún cuidado y he tenido mil dudas. — Puedes desecharlas porque también hay que tener en cuenta, que papá es enemigo acérrimo de figurar en política, y á mi mamá que la ama con frenesí se lo ha ofrecido solemnemente, además para acabarte de tranquilizar, ¿qué señas tiene este licenciado? — Es un hombre como de cincuenta años poco más ó menos. — Sí, esa será la edad de papá, prosigue. — Usa patillas cortas. — ¿Y entrecanas? — No, todo lo contrario enchiladas del mismo color que su peluca, su dentadura postiza, anteojos ochavados con barillas de oro... — No prosigas tú, porque ninguna de esas señas son las de papá; tenía barba cerrada, buen pelo, aunque se le notaba un diente despuntado todos los demás estaban buenos y no le gustaba usar anteojos más que para leer, en fin, tus dudas carecen de fundamento y por ese lado estamos seguros, pues papá es hombre de mucho carácter al extremo de declinar en caprichudo, y lleva adelante sus propósitos tope en lo que topare, por eso mismo no me encontré capaz de comunicarle nuestros amores, pues si cómo me lo suponía no era su opinión favorable á nuestros intentos, jamás accedería y todas mis tentativas serían inútiles; le ofrecí á mi mamá no meterse en política, y estoy segura que lo cumplirá. — Sin embargo, los hombres podemos cambiar de opinión, y en ocasiones las circunstancias tal vez nos comprometen á proceder contra nuestro modo de pensar. — No lo dudo, pero te aseguro que papá es una excepción, sólo para que te

formes un juicio de lo sostenido que es en sus resoluciones te contaré un caso que ni el tiempo, ni el interés, ni siquiera por aliviar su constante trabajo, se ha conseguido que transija. Cuando se casó con mi mamá era un pobre muchacho acabado de recibirse, sin más bienes de fortuna que unos cuantos libros de derecho y uno que otro negocio que empezaban á encomendarle; mi abuelo que era dueño de tres haciendas regulares y hacía el papel de rico por aquellos rumbos, aunque no fué muy de su gusto el matrimonio, no se opuso, sino al revés, quiso que su yerno se encargara de todas sus cosas, esto agravió á algunos parientes, y no faltó quien dijera que sólo se había casado por el interés de los bienes de su mujer, lo supo, y por un espíritu de delicadeza cargó con su esposa, y aunque su padre trató con mil modos de hacerlo desistir, nada consiguió, pues hasta la más insignificante alhajita, ropa y cuanto mi mamá tenía, se empeñó en que todo lo dejara en su casa, y se fueron á establecer á Morelia quedando mi abuelo muy resentido, y cortaron relaciones. Así pasaron algunos años, se enfermó mi abuelo, escribió á papá, y como no es rencoroso fueron por él y se lo llevaron á casa, donde después de una larga enfermedad falleció dejándolo de albacea, y á mamá de única heredera, transigió respecto de la enemistad, hizo cuanto pudo porque el abuelo se medicara y asistiera, gastando mucho en su curación y entierro, pero todo de su propio peculio, y nunca ha querido tomar un medio real de los bienes de mi madre; él pone dependientes, recibe cuentas y procura que no se acaben, pero de ahí no ha pasado su intervención. Por lo expuesto conocerás si es caprichucho y de un carácter intransigible cuando toma una resolución. — De lo cual me alegro, y tú como su hija también has sacado tu punta de sostenida en tus resoluciones, y á eso debo el que determinada hayas sido mi amparo y estos páramos te hayan sido soportables. Al otro día dió su vuelta á Tuxpam, ayudó á acabar de arreglar los trabajos del secretario, mandó á los escribientes que se adelantaran á Zitácuaro á ir haciendo lo que el secretario les ordenó para no demorar mucho sus quehaceres, dió sus disposiciones para el recibimiento del otro día y se retiró á su casa.

El gobernador llegó cansadísimo al cerro de la Culebra, tirán-

dose á descansar en la cama que halló dispuesta donde se durmió un buen rato, de modo que no sintió cuando llegó el Chango muy cargado de botellas y recaudo, luego luego tiró la cotona y se puso á cocinear disponiendo la comida. A cosa de las tres de la tarde entró Simón de puntitas y al verlo estar encendiendo un puro le preguntó: — ¿ Ya gusta sucia ilustrísima de echar un taco? — Qué sucias ni qué cuentos, háblame sin reverencias, y trae lo que haya que taquear. Se arrimó á la mesa y en un instante la cubrió de trastes, botellas, pan y apetitosos manjares acabaditos de sazonar, sorprendido los tomó con buena apetencia, le parecieron bajados del cielo, pues al llegar y ver tan pobre apariencia de alojamientos, hubiera quedado conforme con un par de huevos crudos, pan y queso, ó tortillas con sal; le sirvieron seis platillos de asados y guisos improvisados sin faltarles requisito ni adornos adyacentes, terminando con excelentes frutas, dulces cubiertos y un magnífico café. — Como se conoce, le dijo á Simón saboreando un trago y fumando un puro, que tu amo no es lo que parece, he comido muy bien, toma esa peseta para el cocinero, y creyendo que él había guisado continuó: — Si con sólo una mano eres tan hábil, ¿ qué sería si tuvieras las dos? — Yo no le intelijo mucho, reverendísimo señor, el Chango es el que ha guisado. — ¡ Cómo! ¿ pues qué tienen vds. aquí algún orangután? porque eso sería de ver. — No es extranjero, es criollo. — ¿ Pues de dónde es? — De por Oajaca. — ¿ Será muy feo? — Sí, señor, no deja. — ¿ Pero cómo se hizo tu amo de él? — Porque es el otro cachorro. — ¿ Será injerto de mono y perro? — Quién sabe, eso sólo Dios y su señora madre lo pueden saber. — Ya te he dicho, Simón, que no consiento que me mientes á mi madre, entró diciendo el Chango con un cuchillo en la mano con que estaba muy afanoso picando una cebolla, casi desnudo, los ojos enchilados y sudando del calor de la lumbre. El gobernador se quedó estático, le pareció un demonio salido del infierno, y á no oírlo hablar cree que era un orangután verdadero como antes se había figurado. — No haga caso vucencia de este Simón, dijo el Chango, porque es un animal que no sabe más que entenderse con los caballos. — Es verdad, hermano, le contestó, cada uno con su cada uno, tú á tu cocina y tu

trompeta, y yo con mis bestias; si acaso te he mentado á tu madrecita, no lo hice á mal hacer, sino porque aquí el señor gobernador ha parado las orejas porque le dije que eras el otro cachorro. — ¿ Cómo es eso de cachorros, explíquemelo? — Señor, dijo el Chango, hemos jurado dende queaque servir á nuestro coronel como si fuéramos sus perros, como si dijéramos, siempre fieles, sin ninguna paga y cuidarle el sueño. — ¿ Según eso vds. lo quieren mucho? — Sí, señor, es nuestro padre, y por él el alma y la vida, porque somos *todos para uno, y uno para todos*, como lo jurábamos cuando estábamos comerciando en la rama; todos los demás amos y compañeros pagaron la pirata, y solo el amo carga con el trabajo de mantener á tanta boca. — ¿ Qué es mucha su familia? — Cerca de un ciento, muy poco le falta, nosotros le ayudamos y es cuanto. — ¿ Pero de dónde le vino ese familión? — De que son todas las descendencias de los difuntos Hermanos de la Hoja, que pasamos á llorarles cuando nos huimos de la cárcel en el pueblo de San Miguelito, donde estaban señalándose los quince joyos; y ya ve vucencia *Todos para uno, uno para todos*, eso es muy claro, pero volviendo á otra cosa, agora que estamos en buena conversación díganos ¿ qué mal le ha causado el amo? ¿ por qué se le antojó á vucencia poner mi retrato con letras de molde, y tiene tanto empeño en que nos degüellen como borregos, ofreciendo tanto dinero porque nos asesinen? — Sí, señor, agregó Simón, esas son malas partidas, mi amo á nadie le ha cogido un tlaco partido por la mitad, ¿ para qué son esas traiciones? mire el papel que no nos deja mentir. Al ver el gobernador el decreto de su antecesor conoció su justa queja y logró convencerlos de que él no había sido el autor, sino el otro gobernador que estaba antes, y ya tranquilo se divertía con sus conversaciones que lo fueron metiendo en un laberinto, pues ignoraba todos los antecedentes, y tomó formal empeño en saber por boca del coronel todo lo concerniente á desatar tanto enredo, pues el decreto tan contradictorio y ajeno de verdad, le causó mucha extrañeza.

El coronel se despidió de Amparo para no separarse un instante del gobernador, y al tercer día de su destierro se le fué presentando en el cerro de la Culebra, á las nueve de la ma-

ñana, mandó á Simón que ensillara la mula, y al Chango que les diera de almorzar, comenzando á instancias del gobernador á satisfacer sus dudas que lo tenían inquieto. A buena hora se bajaron seguidos de Simón y el Chango, regresó á Cooperillo. No quedó poco sorprendido S. E. al ver que al llegar al puente de Tuxpam se soltó el repique, cámaras, y un golpe de música de viento, lo mismo que muchos cohetes; al otro lado del puente estaba esperándolo el Prefecto, el Ayuntamiento, multitud de particulares y los muchachos de la escuela con sus carrizos y banderas. Había cortinas en todas las puertas, arcos de trecho en trecho, formando valla como doscientos hombres con sus fusiles nuevecitos y toda la gente agrupándose ansiosa de verlo pasar para arrojarle flores y ramilletes. Se apearon y al acercarse gritó Astucia: — ¡Viva el nuevo señor gobernador del Estado! — ¡Viva! repitieron todos los presentes á quien correspondió dándoles las gracias con el sombrero lleno de gozo. El Prefecto en una corta arenga le dió la bienvenida terminando con entregarle su bastón diciendo: — Pongo al arbitrio de S. E. la primera autoridad de este Distrito. Se lo devolvió contestando: — La deposito en sus manos, señor Prefecto, y seré el primero en respetarla; ¡viva el señor Prefecto de este Distrito! gritó con entusiasmo. — ¡Viva, viva! gritaron á una voz. Entonces Astucia desenvainando la espada que hacía años que no la cargaba, la tomó de media hoja y presentándosela por el puño le dijo: — El mando de las armas ha estado bajo esta espada, y tengo el honor de rendirla á sus plantas, para que la empuñe persona más digna. — A la vaina, señor coronel, vuélvala á su lugar porque su persona merece mi entera confianza; ¡viva el coronel Astucia! ¡viva el jefe de la Seguridad Pública! — ¡Viva, viva! volvieron á gritar llenos de júbilo. Siguiéron las gracias y demás saludos, desfilaron los muchachos aturdiendo con sus gritos de vivas, y en el mejor orden se dirigieron á la iglesia llenos de flores y cargados de ramos. Allí el cura le hizo los honores con el agua bendita y cantó el Te Deum acompañado de otros eclesiásticos que convidó, marchando la procesión después al juzgado, donde hubo más felicitaciones y siguió un verdadero besamano, pues los indígenas materiales en todas sus cosas, no quedaron contentos

hasta no verificarlo, teniendo al gobernador sentado en un sillón con la mano al aire cerca de una hora, recibiendo besos de los viejos, hombres, mujeres y muchachos que se apañuscaban para tener ese gusto, se sirvió allí mismo un refresco del que participaron casi todos los presentes, pues el coronel obsequió á todos sin distinción de clases, sexos ni tamaños, incluso sus soldados que dejando la formación andaban con sus fusiles colgados del hombro y parecía aquello un campamento, como á todos hablaba por sus nombres, contestaba á sus preguntas y obedecían muy sumisos sus órdenes, conoció el gobernador el grande influjo del coronel y el mucho aprecio que le tenían generalmente.

Acabado el mitote, seguidos de los principales, se fueron para la casa donde le dispusieron su alojamiento, allí se encontró con su secretario afanoso en concluir el arreglo de sus papeles, y siguió una opípara comida con sus correspondientes brindis, etc., después se llevó Astucia al gobernador, secretario y prefecto á dar una vueltecita á la escuela, la amiga de niñas, la cárcel, le enseñó el puente que hizo de mampostería y lo impuso de cuanto pormenor quiso tener antecedente, regresaron á la casa, dió cuenta el secretario de sus trabajos, que á instancia de Astucia ó por mejor decir, por disposiciones de él se hicieron con mucha laboriosidad y eficacia, entreteniéndose hasta después de la oración, contentísimo el gobernador que era rígido en hacer todo en debida forma, mientras tanto Astucia con varios amigos andaban de citadores por todo el pueblo y arreglaba lo que tenía dispuesto para el otro día. De repente se les fué presentando y recogiendo papeles. — Ya no es hora de trabajar, dijo, aquí apilaremos al gobernador, al secretario, la visita y todos los demás chismes; vamos á la casa de enfrente antes de que se nos acalambren las preciosas, se enfaden ó den la estampida; vamos á ver, señor secretario, si ya que no le gustan los árboles frondosos del cerro que ha desairado, le agradan las flores animadas de este poblacho. — ¿Cómo está eso de los árboles? dijo el gobernador. Y contándole en breves palabras el suceso de las apariencias, marcharon riéndose del caso para la casa de enfrente, en donde se encontraron el salón surtido de bailadoras, si no elegantes y de eti-

queta, decentes, bonitillas, y sobre todo condescendientes y juiciosas, terminando la diversión á las once de la noche.

Al otro día siguió el mitote en Zitácuaro más en grande, y sucesivamente fueron veintiocho días de fiesta y regocijo en que hubo gallos, toros, bailes y cuanto quisieron hacer para obsequiar al nuevo señor gobernador, que encantado no quería estar un instante sin el coronel, y ya no era simpatía y aprecio el que le tenía, sino una pasión de aquellas que infunde en el corazón una verdadera amistad; le contó Lorenzo toda su vida, le manifestó con mucha franqueza todos sus secretos, penas y compromisos, hasta el de verse obligado por la necesidad á echarse sobre los fondos públicos, y obrar con astucia y reflexión, para aprovecharse de las ocasiones. Vió por sus ojos todas las obras de pública utilidad que hizo, le halagó mucho encontrar hasta en el más miserable pueblito, chiquillos muy adelantados en leer y escribir, muchachitas muy fieritas y pobres, bordando con seda ó lana, tejiendo calcetas, servilletas deshiladas, y cuanto el coronel había hecho en beneficio del valle y sus habitantes, de manera que no hallaba cómo premiar á aquel rancho, que al verlo el secretario por primera vez lo calificó de pazguato y en Morelia fué declarado traidor y proscripta su cabeza, ninguna duda le cupo de que tenía más de mil hombres á sus órdenes sobre las armas, ni de la paz y tranquilidad que gozaban todos aquellos vecinos laboriosos, con sólo no consentir revoltosos y colgar bandidos, ó lo que es lo mismo, tener armados á los hombres de bien contra los pícaros. Por fin, terminó la visita en Jungapeo, y en presencia de todos los acompañantes, que de población en población, y de hacienda en hacienda iban aumentando la escolta, dió cuenta el secretario con lo practicado, y al mismo tiempo con la cuenta general del coronel Astucia, que en uso de las facultades concedidas seis años antes en el nombramiento aquel que sirvió para entompear y ya obraba en los autos admitido como legal, presentó la distribución de los fondos públicos que había manejado en el tiempo transcurrido, diciendo: — Vistas, sumadas, hecha la confrontación con las recaudaciones, ratificados los comprobantes de data y glosadas en su totalidad, no resultan diferencia, equívoco, ni error, y nombrado yo para su revisión

como consta en el auto expedido en Tuxpam, y que encabeza el expediente de visita relativo, sólo he encontrado que ponerles la objeción de falta de autorización en el señor coronel para hacer los gastos que importaron; el nuevo puente de Tuxpam fabricado en mampostería; el caño que nace en este pueblo y termina en el de Tuzantla para conducir á aquellos vecinos, otros pueblos chicos y rancherías el agua potable de que carecían desde el año catorce; y el dinero perdido en la compra y venta de maíz para atender á la clase menesterosa del valle, que á consecuencia de haber sufrido la plaga de la langosta que acabó con las sementeras y sembrados, no podía soportar la carestía de esa semilla de primera necesidad; lo mismo que el gasto de medicinas repartidas á las primeras autoridades locales de los pueblos, y cinco lazaretos en que se curaron los invadidos por la epidemia de calenturas, vulgo tabardillos, que acometió al valle en el año próximo pasado, lo cual expongo á S. E. como cumple á mi deber para que dé su determinación.

— Como todos esos gastos, respondió el gobernador, han sido indispensables para el bien general del valle en beneficio del pueblo, y principalmente de la clase menesterosa, están patentes unos y públicamente justificados otros; todos los autorizo y apruebo estas cuentas, á la vez que de la manera más solemne manifiesto mi agrado, y doy al señor coronel Astucia las más cumplidas gracias á nombre del gobierno y congreso á quien represento, por haber sabido restablecer el orden, cimentar la paz, y hacer por el bien de los pueblos y honrados vecinos de este valle cuanto le ha sido posible. — Esa es mucha bondad, E. S., respondió Astucia, y le estimo su condescendencia. — Réstame sólo poner en conocimiento de E. S., agregó el secretario, que del resumen general de ingresos y egresos, resultan en caja diez y seis mil, doscientos catorce pesos, cinco reales tres octavos de existencia en numerario efectivo. Por contestación se paró el coronel, abrió una alacena que estaba en el extremo del salón de par en par diciendo: — Ahí están diez y seis talegas llenas, y el pico en ésta, puede S. E. mandar que se revisen. Esto acabó de afirmar la buena opinión, en que el gobernador tenía al coronel; sus *todos* y demás concurrentes que presenciaban el acto, quedaron sumamente complacidos de

su conducta y satisfechos de su honradez. — Termine vd. su auto de visita, dijo el gobernador al secretario, y que cierre el expediente este decreto; léalo vd. en voz alta, aunque sea manuscrito, que en el acto se publique por todo el valle y se cumpla con lo que ordeno. Y le entregó un papel que había escrito de su puño. Se paró el secretario, todos lo imitaron, y con voz clara y fuerte leyó: — « El licenciado Mariño G. y D., presidente del Supremo tribunal de Justicia, y actual gobernador del Estado de Michoacan por ministerio de la ley, á todos sus habitantes sabed: Que en uso de las facultades que el soberano congreso me ha concedido para la visita del valle de Quencio y demás distritos, he tenido á bien decretar lo siguiente:

« Art. 1º. Se deroga en todas sus partes el decreto expedido por mi antecesor en tal fecha, en que declarando traidor puso fuera de la ley al nombrado coronel Astucia y ofreció seis mil pesos por su cabeza, por constarme y estar satisfecho de que jamás ha tratado dicho coronel de hacer la segregación de este distrito ni estar independiente del Estado.

« Art. 2º. Se reconocerá como jefe nato de la Seguridad Pública del valle al coronel Astucia, y quedará en su puesto encargado de la conservación del orden y la paz, con el mando de las fuerzas que le han estado subordinadas, bajo las mismas bases que ha tenido establecidas y el haber que ha disfrutado.

« Art. 3º. Quedan aprobados todos sus actos anteriores lo mismo que las cuentas que ha presentado, y obran originales con sus respectivos comprobantes en el expediente relativo á la visita actual que acabo de practicar en este valle.

« Art. 4º. Para cumplir con lo dispuesto por el soberano congreso del año de... en que por escasez de numerario, quedó pendiente la remuneración concedida á los descendientes de los fieles liberales que perecieron en Tepustepec, como consta en el expediente respectivo que original queda en la secretaría del gobierno, se le entregarán de las existencias en caja que haya en la oficina recaudadora á D. Lorenzo Cabello vecino de Porúa, la cantidad competente, para que á razón de doscientos pesos por persona, las establezca definitivamente, como apo-

derado de esas familias, cesando de percibir la miserable pensión con que hasta ahora se han socorrido.

« Art. 5º. Queda nombrado visitador general del valle el mismo D. Lorenzo Cabello, quien directamente tendrá el manejo de caudales, disfrutando el sueldo de dos mil pesos anuales siguiendo el método que hoy se observa en este Distrito. Y para que llegue á noticia de todos y sirva de una pública satisfacción al coronel Astucia, mando se imprima, publique y circule por todos los Distritos del Estado, y se le dé su más exacto cumplimiento; dado en la sala capitular del pueblo de Jungapeo de este valle de Quencio á tantos de tantos, etc. »

Desde el instante que oyó Lorenzo que el secretario dijo el segundo apellido de D. y que el gobernador había sido el presidente del supremo tribunal de Justicia, un frío glacial corrió por sus venas y exclamó en su interior: — ¡Su padre de Amparo, como me lo suponía! Bajó los ojos con tristeza y casi ni puso cuidado á lo que el secretario siguió leyendo. Luego que acabó, un viva al gobernador del Estado por todos los concurrentes que llenos de alegría atronaban el salón con sus gritos, lo sacó de su tétrica meditación sin poder disimular su desconsuelo, de manera que sólo pudo decir secamente: — Gracias, señor gobernador, gracias. — Nada me agradezca vd., señor coronel, porque obro en justicia. — Pues entonces, replicó, retiro mis palabras, y se quedó frío y serio. Varios empezaron á sacar copias del decreto que el secretario iba dictando á los que se agruparon en la mesa, una se fué á publicar con música, cohetes y repiques, en todos se advertía el contento y entusiasmo, solo el coronel serio é indiferente se conservaba engolfándose en mil pensamientos diciéndose: — Ahora más que nunca necesito el consejo de mi padre para aprovechar esta ocasión que se me presenta, pero si este hombre es de ese carácter sostenido y caprichoso, y por una fatalidad el lance se malogra y la ocasión es adversa, ¿qué hago, Dios mío? ¿le descubro la existencia de su hija para que me la arrebaté ó la maldiga, al satisfacerse de que vive y es la esposa graduada de un barbaján, de un desgraciado Hermano de la Hoja, un prófugo de la cárcel, un hombre que ha sido proscripto públicamente y puesta á precio su cabeza? ¿Qué importa que con su decreto

derogue el otro y que en todo el Estado se me dé también una pública y honorífica satisfacción, que me duplique el sueldo, y todo cuanto acaba de hacer en mi favor, si con sólo una palabra, un no, negándome á su hija, me hará pedazos el corazón destruyendo toda mi ventura, la paz de mi alma, y desbarata mi familia? No, no le digo nada, que siga llorando á su hija muerta, y se vuelva por donde vino, que ella también ignore que su padre ha estado muy cerca; por otro lado, conozco que el hombre me quiere, es franco, se ha interesado en mi suerte, tal vez la Providencia, esa mano oculta que nos ha guiado, quiere que terminen nuestras inquietudes, que pueda yo disfrutar de mi adorada recibéndola de manos de un ministro de Dios, que mi hijo se bautice en la iglesia y se legitime, en fin, que cesen nuestros sinsabores, y como nosotros no podemos ir á buscarlo y solicitar su aprobación, aquí nos lo ha traído y sin saber el inmediato parentesco que tenemos, ha proporcionado que le vaya yo ganando la voluntad, para en cierta manera desvanecer las horribles manchas de mi pasado, con el honor que él mismo me ha dado en lo presente; ¿pero cómo le voy diciendo: la hija que lloras muerta y que te supones en el cielo, yo la tengo, te la robé destrozándote el pecho de dolor, mírala ahí habitando entre los bosques, sin más sociedad que las fieras y constituida en una salvaje, la que tú calzabas de seda, y conservabas con el mayor lujo y mil contemplaciones, yo la tengo con sus zapatos de gamuza, vestida de pontiví, quemada del sol y constituida en mi coeínera, mi criada, y por fin, en mi querida? Todas esas muestras de bondad vendrán á tierra y ya descubierto el secreto, tengo á fuerza de fuerzas que rifar el todo por el todo, correr un verdadero albur, y el diablo me lleva sin que me sirvan los honores, vivas, gritos y tanta alharaca con que estos hombres me están celebrando, sin saber que todo ese regocijo aviva más y más el tormento que en este instante me martiriza; disimulemos, ahora es ocasión de reír, al cabo aun no se va este hombre y tal vez para más tarde tendré una buena coyuntura, estoy resuelto á que no se retire sin que hayamos terminado este negocio. ¡Providencia divina, no nos abandones! ¡ahora es tiempo, Dios mío, de que nos hagas uno más de tantísimos favores como te debemos! Adelante,

á reír con la boca y tener una grave pena en el corazón. Interin unos publicaban con toda solemnidad el decreto, otros corrían á hacer lo mismo en los demás pueblos y en la villa, donde con igual regocijo se agrupaban á leerlo, obteniendo el actual gobernador tantos vivas y bendiciones, cuantas maldiciones é injurias le dirigieron á su antecesor algunos meses antes todos los vecinos del valle. La comida fué un verdadero banquete en que sus *todos* echaron el resto, se habían escotado los gastos, y como los obsequiados eran sólo dos personas, ellos mismos fueron los aprovechados, y no omitían gasto alguno para comer excelentes manjares y beberse exquisitos y costosos vinos. El baile aunque estuvo mucho mejor que ninguno acabó temprano, porque el gobernador algo indispuésto se retiró á descansar, y como era en la misma casa en que estaba alojado, por no molestarlo cada cual fué tomando su camino.